**NUEVOS CAMINOS**

**PARA NOMBRAR Y ENTENDER A DIOS**

**(1)**

El tema de Dios es cansino cuando se lo trata en moldes y formas religiosas. Pero apasiona si se lo saca de ahí. Es que, al final, no se trata tanto de Dios como otro ser y sus representaciones, sino que se trata del misterio, algo que ha apasionado a la humanidad desde siempre. Incluso en esta sociedad nuestra tan crecientemente secular el misterio sigue atrayendo, por más que, a veces, se banalice al máximo.

Cuando se habla de Dios fuera del marco religioso, el mismo vocabulario resulta equívoco y las ideas que contiene lo mismo. ¿Se puede dar con un vocabulario nuevo y unos contenidos nuevos? ¿Puede interesar eso a una persona de hoy? Pero las preguntas podrían ser otras: ¿Interesa hoy lo que hay debajo de la piel? ¿Te interesa algo más allá de lo que ves afuera? ¿Tiene la vida corrientes interiores de las que hacemos parte? ¿Es esto calentarse la cabeza sin más o es tratar de ser humano?

Creemos que hablar sobre Dios en modos seculares puede ser de utilidad para nuestra espiritualidad en general, para nuestra salud interior, para el ensanchamiento de los horizontes de nuestra vida. ¿Por qué no intentarlo?

**1**

**DIOS EN LA FUENTE DE UN AMOR VIVO**

Las viejas metáforas religiosas sobre Dios (Trinidad, Padre, Omnipotente, Redentor) a muchas personas se les han quedado sin contenidos, por más que se sigan repitiendo en el oracional religioso. Es que las metáforas son realidades vivas: se mantienen en vida si se las llena de carne, de contenido. De lo contrario “se mueren”. Quizá, por lo que sea, el hecho religioso nos ha legado una serie de metáforas muertas que siguen ahí pero que ya no evocan casi nada.

¿Podríamos intentar ponerles otra carne a otro tipo de metáforas? Quizá eso no serviría para relanzar la religión, siempre muy adherida a sus viejas metáforas y renuente a los cambios. Pero podría servir para un imaginario nuevo sobre Dios que diera pie no tanto a una nueva manera de ser religioso sino a una forma mejorada de ser humano. ¿Puede contribuir lo de Dios a humanizar cuando hemos tenido experiencias de lo contrario? ¿Merece la pena perder el tiempo en un empeño así? Intentémoslo y valoremos luego.

1. **Las cosas tienen su fuente**

Una lectura superficial de la realidad puede llevarnos a creer que las cosas, las ideas, los comportamientos humanos, están ahí sin más. Pero tienen su fuente. A veces esa fuente se hunde en tiempos de penumbra que ya no sabemos cuándo comenzaron a funcionar. Por eso mismo nos preguntamos: ¿vale para algo preguntarse por la fuente de nuestros caminos? ¿No es mejor vivir en la superficie sin complicarse? ¿Tiene sentido bucear en la profundidad y en las preguntas? Lo hemos dicho muchas veces: el peor enemigo de lo humano es la superficialidad. Eso nos hace vulnerables. La profundidad, sin embargo, nos hace fuertes.

1. **¿Cuál es la fuente del amor?**

No lo sabemos. Y menos la de una realidad tan compleja como lo es el amor. Pero responsamos: la fuente del amor es la *compasión.* ¿Y qué es la compasión? Un movimiento del corazón que, sin saber muy bien por qué, nos empuja hacia el corazón del otro hasta hacer nuestro su gozo y su pena. Es un no saber muy bien por qué he de unirme al corazón del otro aunque eso pueda complicarme la vida al máximo. Quizá esto se halle en el fondo antes que la mera atracción física. Es lo que los griegos llamaban la *filantropía* y el Evangelio las “tripas revueltas” (el samaritano).

La mandíbula de Dmanisi (Armenia) ilustra muy bien esto: en lo más oscuro de nuestros inicios (casi dos millones de años) ante una mandíbula de adulto sin dientes, los antropólogos se preguntan: ¿Acaso estamos ante el primer acto de caridad o solidaridad humana documentado en el registro fósil? ¿Por qué mantuvieron con vida durante años a un anciano alimentándolo cuando ya no podía aportar una ayuda física a la tribu?

1. **Un Dios extraño en esa fuente**

Hay quien en ese movimiento primario de amor ha visto la realidad de un Dios extraño que ama por encima del ridículo y el sinsentido.

Esto lo vemos en libro de Oseas. Éste era un profeta felizmente casado. Pero resulta que su mujer le abandonó y se marcho a vivir la vida. Una gran depre cayó sobre Oseas. Pero entonces la voz de Dios le dijo: busca a una prostituta y cásate con ella. Oseas quedó desconcertado. Pero como era un creyente fiel, se casó con una prostituta. Ésta, como tenía “el corazón de prostituta” dice el libro (?), lo abandonó también y se marchó también. De nuevo le dijo Dios: búscala y cásate de nuevo con ella. Oseas decía: yo era el hazmerreír de la gente.

Hasta que comprendió que Dios anda así tras la persona: como un engañado, como un desgraciado que se traga su orgullo de Dios, como alguien que sigue amando incomprensiblemente por encima de agravios, como alguien que, quizá si saber muy bien por qué, es atraído por el “arcaico y extraño corazón” (como dice Atxaga) que es el de los humanos.

1. **Un continuo manar**

Alguien podría decir que, vistos los desaguisados que nos hacemos los humanos, esa fuente hace mucho que dejó de manar. Pues no, incomprensiblemente lo sigue haciendo. No se seca la fuente de los amores entregados, generosos, incomprensibles a veces. El mundo vive por la fuente del amor, el cielo gira en torno a esa fuerza, decía Dante.

Nuestras aportaciones al amor, por modestas que sean, son valiosas, divinas en cuanto que conectan con la fuente del amor en la que Dios tiene su asiento. Es un dicho admitido por todos los creyente que somos “imagen y semejanza suya”. Pero lo somos en la línea del hacer, no del ser sin más. Haciendo lo que Dios hace, amar, somos como él. Descreyendo del amor no tenemos nada que ver con él.

1. **Cascarón vacío**

Ese es el gran peligro del amor. Por eso suena tanto en todos los medios de comunicación (dime de qué presumes y te diré de qué careces). El peligro es que se sea un cascarón vacío. Que lo sea a plano personal ya es una pérdida. Pero que lo sea en el ámbito social y religioso lo es, todavía, más.

Son cascarones vacíos todas las convenciones sociales que banalizan el amor, que lo comercializan, que lo hacen objeto de consumo. Lo son también las formas sociales que no son sino eso, formas sin contenido, gestos de protocolo, mientras por detrás se maldice del otro. Vaciar el amor de contenido es una de las peores formas de inhumanidad porque, al final, uno vive sin pisar el terreno firme de lo humano.

Son, más aún, cascarones vacíos las afirmaciones religiosas sobre el amor de Dios y sobre el amor humano que son meros “flatus vocis” (voces vacías): hablar de amor de Dios cuando se intriga, cuando se oprime, cuando se abusa, cuando se oculta, cuando se asienta el sistema religioso sobre el poder. Mera rutina y peligrosa rutina porque vacía el alma de la comunidad cristiana y la lleva a la irrelevancia. El discurso sobre el amor de Dios, tan vacío, ha sido una de las fuentes del ateísmo moderno.

1. **Amor social**

Quizá esa sería una posibilidad de entender el amor humano y el mismo amor de Dios. El amor social es una forma eximia de amor porque saca al acto de amor del egoísmo que amenaza hasta lo más sagrado del caminar humano.

El amor social es la simple certeza de que por habitar nichos comunes (tu pueblo, tu país, tu mundo) eso crea vínculos que son de todos y con los que se tiene sentido colaborar en modos de desinterés y de compasión. Algo todavía difícil por entender en estos pagos nuestros. Y de esta amistad cívica (como la define A. Cortina) se podría pasar a la pasión por el pueblo, por lo común, por lo de todos.

Por muy personal que se quiera, según la palabra, Dios parece entender su amor en modos sociales. Frente al individualismo ante el que sucumbe generalmente el hecho religioso, la Palabra sigue anunciando que “Dios ama al pueblo”, al conjunto, al todo. El áspero camino del amor social sigue siendo camino elocuente para entender el amor de Dios.

1. **¿Qué supone poner a Dios en la fuente del amor?**

No supone, en primer lugar, ser persona religiosa. A veces, incluso, el hecho religioso y su inmisericorde rutina puede ser un obstáculo. Si la religión fuera una ayuda para acercarse al misterio con humanidad, sería algo bueno. Pero si se carece de ella, a veces se está mejor equipado para hacerse preguntas que partan de otros presupuestos.

Tampoco es imprescindible ser creyente. Sí que lo es el tender a la profundidad, el pensar, el ahondar, el creer que es dentro donde de verdad se resuelven las preguntas que nos hacemos los humanos. Por eso hay ateos que se unen a la mística más profunda cuando navegan por los adentros (luego citaremos a José A. Valente).

Sí que supone conectar con el misterio de la entrega, tener habilidad para saber mirar dentro, amar el sosiego, el silencio, el diálogo constructivo. Tener por cierto que los humanos no estamos siempre en sombras sino que, si uno lo trabaja, puede haber rachas de luz.

Supone también mirar las personas y cosas más allá del egoísmo constituyente que nos envuelve, pensando que la realidad del otro me compone y que, por ello, si la amo, me estoy amando yo mismo de alguna manera. Es creer que la suerte de los humanos está ligada por el vínculo del amor, por encima de heridas.

Por eso, y a la base de todo, supone tener fe en el camino humano. Creer en esta vida nuestra como vida destinada a la dicha aunque se cuente con la limitación. No nos resistimos a leer un poema del místico ateo antes citado, José A. Valente:

*Al amanecer,*

*cuando la dureza del día es aún extraña*

*vuelvo a encontrarte en la precisa línea*

*desde la que la noche retrocede.*

*Reconozco tu oscura transparencia,*

*tu rostro no visible,*

*el ala o filo con el que he luchado.*

*Estás o vuelves o reapareces*

*en el extremo límite, señor*

*de lo indistinto.*

*No separes*

*la sombra de la luz que ella ha engendrado.*

1. **¿Es Dios la fuente amor?**

Allá por los años 70 (da casi vergüenza recurrir a estos recuerdos) Ricardo Cantalapiedra musicalizó un poemilla de Pedro Casaldáliga que hizo fortuna:

*Donde tú dices ley,*

*yo digo Dios, yo digo Dios.*

*Donde tú dices paz, justicia y amor,*

*yo digo Dios, yo digo Dios.*

*Donde tú dices Dios,*

*yo digo libertad, justicia y amor.*

Si la metáfora “Dios es la fuente amor” sirve para unir cosmovisiones distintas, quizá ha servido para mucho.

Quienes nos consideramos creyentes en Jesús y su Dios habríamos de tener activada la fuente del amor porque, si no fuera así, hablar de fe es hablar de música celestial.

**Para el diálogo:**

1. *Subraya un punto de lo reflexionado que te haya parecido más interesante.*
2. *¿Te parece que esta espiritualidad se nos va de las manos y que no se concreta en nada?*
3. *¿O, por el contrario, te parece que esto tiene consecuencias en la vida y en la manera de creer?*